

ESPAÑA ANTE EL MUNDO SISIFO

Han llegado a nosotros los primeros textos de todas cuantas notas se han leído en Londres en torno a la cuestión de España.

Países fascistas, de envergadura autoritaria, pueblos sojuzgados por dictaduras enemigas de toda democracia han levantado su voz no para combatir al pueblo español, al que acceban, sino para acusar al único pueblo del mundo, que gracias a la entereza de sus hombres, al estoicismo de su raza, ha sabido imponer un régimen de libertad y de justicia humanas, de que tan escasos anduvieron hasta ahora todos los pueblos de la tierra.

Ayer celebraba Italia el XIV aniversario de su marcha sobre Roma. El dictador italiano, acompañado de su cohorte y contemplado por las legiones fascistas, pronunció desde la Piazza del Duomo, en Milán, su acostumbrado discurso anual, para que los gacetilleros, las agencias informativas de Prensa, el telégrafo, el teléfono y la «radio» enviaran al mundo el pensamiento, o por mejor decir, el exclusivo pensamiento de Benito Mussolini, dueño absoluto de los destinos del pueblo italiano.

Y al fracaso del dictador italiano, a la desaparición de ese régimen odioso, que priva de vivir en la patria en que nacieron a tantos luchadores de la península italiana, llegará el de ese otro estúpido personaje que, haciendo labor de zapa, ensañando al fallecido mariscal Hindenburg, logró arrastrándose como los limaces, llegar a la más alta cumbre del derruido imperio alemán, y que, para desgracia de la Historia, se llama Adolfo Hitler.

Y al desaparecer las dictaduras por los mandatos democráticos a que están llamados todos los pueblos, ¿qué fin le reservará la Historia a ese pedazo de la península ibérica, a esa región, particular de España, que se llama Portugal, y que, como aquellas, continúa gobernada por un homínulo, como lo es ese funesto Oliveira Salazar?

Nos duele que valiosos antifascistas portugueses continúen privados de la libertad al permanecer encerrados en las mazmorras lusitanas y en los presidios coloniales de la nación vecina. Sabemos cuánto ha sido su sacrificio y entusiasmo por devolver las libertades al pueblo portugués, pero conocemos de sobra cuánta es la dictadura portuguesa, esa dictadura que no ha vacilado en llegar al Comité de no Intervención que se reúne en Londres, para acusar a la nación gigante que desde el Oriente de Europa trae a las demás naciones auras de libertad y programas de regeneración humana.

Portugal, el trozo desparramado de España, la hermanastra de la nación ibérica, el pigma de Europa, ha pretendido reñir batalla en Londres nada menos que con el ciclone del continente viejo, pero en esta ocasión se da la circunstancia de que la razón está del lado del héroe, que sin querer abusar de los argumentos que le dan la razón y la fuerza, ha escuchado pacientemente las quejas y falsedades del pigma portugués, para tomarle el pelo, como aquí decimos.

M. Malsky, el representante soviético, escuchó pacientemente las lamentaciones (que no lo eran) del representante portugués, y al contestarle en su primer párrafo tuvo la ingeniosidad de denominar a aquella representación portuguesa con un nombre mitológico: SISIFO.

Modestamente nos venimos ocupando desde hace más de dos años de asuntos de índole mitológica, que si en un principio parecen un pasatiempo de arte, tienen objetivos más amplios, que podrán ser expuestos en su día, cuando estas jornadas de guerra contra el fascismo nos lo permitan y sea la paz, la anhelada paz después del total aplastamiento de quienes provocaron esta guerra, la que nos permita a todos dedicarnos a la ardua faena del trabajo y de la reconstrucción material y moral de España.

Está bien denominada la representación portuguesa con el calificativo mitológico de SISIFO con que le ha obsequiado M. Malsky, el representante ruso. Nos cuenta la mitología que SISIFO fue el rey fundador de Corinto, que se hizo célebre por sus atrocidades y crueldades, pero que en su afán de medrar quiso internarse en los dominios de Teseo, siendo vencido por éste, que le ocasionó la muerte. Condenado SISIFO a permanecer a perpetuidad en los infiernos, tuvo en él que subir un enorme peñasco hasta la cumbre de una montaña, sin lograr asentarlo, pues al llegar allí caía de nuevo pendiente abajo,



Elementos del Circo Amateur, de Bilbao, en su visita al Hospital del Secorro Rojo Internacional. (Foto. Alejandro.)

RAPSODIA DE LA CALLE

LA HOZ Y EL MARTILLO

Era nuestro antiguo puerto hace veinte años, visitado por los buques en cuyas popas ondeaban las banderas del mundo. En nuestros muelles se confundían las tripulaciones extranjeras. Nautas del Norte, confraternizaban con marinos orientales y navegantes de América estrechaban sus relaciones con marinos africanos.

En los cafetines de Malibón, en las tabernas de la ciudad, alternaban en franca camaradería rubios y fornidos marinos de Noruega, con ágiles y morenos navegantes de los puertos meridionales. Las pipas holandesas lanzaban humaredas de rubio tabaco inglés y los machichotes americanos emnegrecían su saliva masticando tabaco de Virginia.

Daba gusto pasear por la zona marítima. Un barco chino acostaba su popa sobre un velero de Escocia. Una fragata de activos mástiles con pabellón dinamárgués se balanceaba suavemente, mientras trasbordaba su mercancía a pequeños veleros de Galicia.

Todo era en el puerto paz y trabajo. Todo era actividad y alegría. Eran épocas donde el odio de los hombres, si es que existía entonces, por lo menos las buenas formas lo ocultaban, y en tanto, Santander, iba adquiriendo su mejor riqueza. Era el verdadero, el único puerto de Castilla y por sus adunas entraban con los diversos cargamentos una de las mejores riquezas que sostenían al Estado.

Pero llegó el odio entre los hombres. Varios pueblos se declararon la guerra y los pabellones multicolores que adornaban los mástiles de los navíos, fueron marchándose a sus puertos respectivos, muchos de ellos para no regresar más, en mucho tiempo.

Una de las banderas que dejaron de visitar nuestro puerto fué la del país ruso. La guerra no podía admitir contactos comerciales entre los puertos de la nación lejana con este nuestro de Santander y el pabellón ruso que tantas veces ondeó en nuestra bahía, marchó con la declaración de la guerra europea y pasaron años y años, y ya no volvimos a verlo por nuestras aguas.

El pueblo ruso, aun no terminada la guerra, hizo su revolución. A la nación gigantesca, al conglomerado de repúblicas socialistas soviéticas, le fueron cerradas las fronteras y los puertos del Mundo, imposibilitándose todo contacto moral y material con los hombres que por voluntad popular habían instaurado un régimen simbolizado en la hoz y el martillo, atributos exclusivos del trabajo.

Hoy, después de diecinueve años, ha hecho su entrada en nuestras aguas por vez primera en tan largo espacio de tiempo, un buque de aquella nación lejana que tanta afinidad espiritual tiene con la clase productora de España. El pabellón de los zares hase transformado en una enseña roja en la que presiden las herramientas del trabajo. La mercancía de viveres que trae a nuestro puerto viene donada por los trabajadores del pueblo soviético, cuya simpatía por los proletarios de España está bien manifestada.

Hoy, después de casi cuatro siglos, llega por vez primera un barco de nacionalidad rusa al que no podemos ocultar nuestra simpatía, brindando desde nuestras columnas el más ferviente saludo a los tripulantes soviéticos, saludo que hacemos extensivo a todo el proletariado soviético representado hoy en Santander por la dotación del buque amarrado en nuestros muelles.

Advertisement for José Rugama (DENTISTA) and G. Iñigo (OCULISTA). Includes a notice for Don José Pereda Rosillo, who died on November 2nd, 1936, at the age of 73.

ECOS INTERNACIONALES

PIAZZA DEL DOMO

Otra vez se ha impuesto al pueblo italiano un discurso del «Duce». La víctima fué la población de Milán. Mussolini no es capaz de pronunciar un discurso simplemente, humanamente. Para conservar su prestigio necesita la movilización de centenares de miles de personas, que tienen que aguantar sus elucubraciones durante horas; deben gritar, manifestar, aullar, aclamar su nombre, trepidar de una alegría que abarca lágrimas de rabia contenida. Mussolini sabe que si no se obligara al pueblo a presenciar estas paradas interminables, estas marchas militares que embriagan al jefazo fascista y le quitan el temor de una derrota próxima, su prestigio sería reducido a cero. El que hablara unos momentos más tarde del mito de las ilusiones, quere dar al pueblo y a sí mismo la ilusión de ser un genio, de ser popular, de ser verdaderamente amado. Marioneta sangrienta, exige el aparato de un ambiente de teatro de marionetas. Cuando Mussolini habla, sus agentes recorren la ciudad y hacen comprender al vecindario que es de su interés el presenciar el acto. Y todos, hombres, mujeres, niños, ancianos e inválidos, tienen que echarse a la calle para aclamar al que ha hundido al proletariado italiano en la miseria más negra.

El domingo pasado, a las dos de la tarde en punto, empezó Mussolini su discurso en la plaza del Domo de Milán. Cuarenta altavoces, emplazados en varios puntos de la ciudad, lo difundían. Las calles estaban llenas de gente, de militares, de soldados, de policías, de ruido caofónico, de gritos. El discurso lo entendieron muy pocos. Cada palabra se perdía en los «eja, Duce» y en los «a noi». En la plaza del Domo no había lo que se llama honestos habitantes. La plaza del Domo estaba llena de gente: miles de agentes de la O. V. R. A. (policía secreta fascista, algo como la Okhrana zarista), de camisas negras y de inocentes niños militarizados, los baillías.

El discurso de Mussolini fué una decepción anímlme para el Extranjero. Había algo en su voz de cansado. Abría la boca como antes, pero lo que salía no se parecía en nada a lo que conocíamos de antes. Parecía cansado el tirano de catorce años de lucha continua contra el pueblo italiano; parecía cansado de ser el esclavo de los grandes industriales, de los terratenientes, de los fabricantes de cañones. Su voz decía claramente que su fama pertenecía a los que le mandan, que su reino no fué más que efímero: el reino de los logrerros expresado en el nombre de Benito Mussolini.

Habló el «duce de la derrota» de las mentiras convencionales, de la ilusión del desarme, de la ilusión de la seguridad colectiva. Para Mussolini todo se resume en una palabra: guerra! Guerra al bolchevismo, guerra a la democracia, guerra a todo el que piensa libremente. Habló de la ilusión de la paz. La paz, para Mussolini, es el sabotaje de su tiranía, de los asesinatos cometidos por el fascismo internacional. Habló Mussolini de la ilusión de la Sociedad de Naciones, que quiso hundir al pueblo italiano en el hambre. Dijo que no olvidaría nunca la alianza de cincuenta y dos países contra las mujeres y niños de Italia.

En esto le damos la razón, pero constatamos que el «duce de la derrota» es un ingrato. La Sociedad de Naciones no ha puesto nunca en práctica las sanciones. Si la Sociedad de Naciones hubiera estado compuesta de hombres enérgicos, de individuos humanos, Absinia sería todavía un país libre, Mallorca no estaría intervenida por el fascio iberoitaliano y España sería republicana desde Canarias hasta Galicia. Si la Sociedad de Naciones hubiera aplicado las sanciones, millares de antifascistas españoles gozarían aún en vida, porque Alemania no se hubiera atrevido a ayudar abiertamente a los rebeldes sin la complicidad de la Italia fascista. Si la Sociedad de Naciones hubiera sido tan justa como nos lo quiere hacer creer el monstruo negro, Italia sería quizá en este momento un país donde se pensara y se expresara libremente y Mussolini estaría encerrado en algún manicomio o su cuerpo serviría de alimento a los buitres. Pero el organismo ginebrino, al contrario, ha ayudado a Italia a esclavizar Absinia. Igual que ahora, Inglaterra jugaba un papel a doble cara. A Inglaterra no le estorbaba la conquista de Absinia; a Inglaterra parece no deberla estorbar una victoria del fascismo en España...

Dijo Mussolini que los únicos países en los cuales él tiene confianza son Alemania, mano derecha de su izquierda; Hungría y Austria, esclavas de ambas, y Yugoslavia, que él, Mussolini, tiene la intención de avasallar en el plazo más breve. Dijo que todos los Estados tienen el permiso de colaborar alrededor de esta cuádruple alianza negra, porque todos «deben combatir al bolchevismo», que ellos (los italianos) han exterminado a fuerza de sangre y de sacrificios. El bolchevismo, pesadilla inefable de las noches mussolinianas. Cada vez que Mussolini piensa en la Unión Soviética, en la Armada roja, en la democracia más noble del mundo, en la patria del proletariado universal, se siente morir. Mussolini se alimenta de ilusiones. Sabe perfectamente que el pueblo italiano le está juzgando, que le ha juzgado ya, que le ha condenado. Sabe él que el antifascismo aumenta todos los días en la península, que los fascistas más fanáticos se han vuelto contra él. Y habla todavía contra el bolchevismo. El bolchevismo para Mussolini no es solamente el comunismo; el bolchevismo son los republicanos, los socialistas, los anarquistas, los demócratas, toda la humanidad que tiene un corazón en lugar de una piedra. Mussolini quisiera un mundo que se prosternara a sus pies, que tuviera un alma negra como la suya.

Ha añadido que la verdadera democracia es la Italia fascista. Cuando un tirano habla de amor, es que su derrota no está lejana...

INFORMACION DE LA ALCALDIA. EL ALCALDE HA DADO ENERGICAS ORDENES PARA QUE SEAN HABILITADOS A LA MAYOR URGENCIA AQUELLOS LOCALES QUE ACTUALMENTE SE ENCUENTRAN DESHABILITADOS.

Nos dijo ayer el alcalde cuando le saludamos en su despacho los informadores de los periódicos locales, que, a pesar del mal tiempo, había dispuesto que se trabajara en las obras que fuera posible hacerlo, las cuales había inspeccionado, como de costumbre, a primera hora de la mañana, recomendando a los obreros que activasen su labor para reducir al plazo más breve posible las molestias que con los derribos tiene que sufrir el vecindario.

Nos dijo también el señor Castillo que tenía, de la manera más enérgica, la orden dada a la Guardia municipal, para que siga indagando dónde existen pisos desahucados, especialmente los de rentas modestas, para poder acoplar en ellos a gentes humildes que hasta ahora viven en vergonzosas e inhumanas pocilgas, cosa que hay que remediar a todo trance, porque los hombres de la República y singularmente el alcalde, no pueden, ni deben, ni quieren consentir que siga este estado de cosas, que hace vivir a seres humanos como si fueran animales.

Nos manifestó el alcalde que había ido dando largas al asunto de las tejavanas, porque su carácter es propicio a la transigencia y a la consideración para todos, pero que su paciencia se había agotado por completo, por lo que advertía a los dueños de ese género de construcciones que procederá sin con-









